

Su anhelo por continuar la lucha y liberar España del yugo de la dictadura franquista amenazaba con entorpecer las renovadas relaciones entre los dos países. El periodo cronológico comprendido en esta obra abarca desde la liberación de Francia en 1944 hasta la Operación Bolero-Paprika de 1950. Un corto periodo de tiempo donde las autoridades francesas de la IV República pasaron de homenajear a los comunistas españoles como “héroes de la resistencia” a expulsarlos del país acusándoles de ser “agentes de Moscú”. La Guerra Fría había facilitado el cambio de postura respecto a sus anteriores aliados y, al mismo tiempo, había envuelto en un halo de pragmatismo las relaciones con los cuerpos represivos franquistas. Lo verdaderamente interesante de este libro es la amalgama de personajes que intervino en todo este complejo y paulatino proceso, lo que en ocasiones le confiere a su lectura un halo de misterio, propio de las mejores novelas de espías. Además, el escenario en el cual se centra el autor no puede ser más excepcional. El sur de Francia, donde se encontraba la mayor parte de los exiliados españoles y, especialmente, en la zona fronteriza pirenaica, se convirtió en el centro de todas las conspiraciones. Este territorio fue objeto de seguimiento por parte de los servicios policiales francés y español, muy preocupados por las posibles acciones de la militancia comunista.

Por otra parte, el libro destaca por su rigurosidad y por una correctísima utilización de los archivos disponibles. Hernández maneja una amplia gama de fuentes directas que no había sido estudiadas hasta el momento y que le permite ahondar en multitud de aspectos inéditos. La mayor parte de ellas están basadas en las notas y los informes de los servicios de información, de cables diplomáticos y de la documentación generada por los distintos cuerpos policiales. De esta manera, combina la información recabada en los fondos franceses con la de los archivos españoles y las agencias de espionaje norteamericana, logrando de esta manera una triangulación que permite una visión muy completa del fenómeno de estudio.

El libro se estructura en 15 capítulos que se dividen en dos partes. La primera de ellas comienza describiendo la situación en la cual se quedaron las fuerzas españolas en suelo francés tras la liberación y la creciente incomodidad que esto supuso para las autoridades francesas, cada vez más preocupadas por consolidar el poder de los monopolios en Francia y evitar un aumento de la

influencia del PCF. También se trata la evolución de las relaciones entre los servicios de control social y fronterizo de ambos países. Especialmente interesante resulta en esta parte la detallada descripción de los métodos de trabajo de la policía política y el servicio de espionaje franquista, que nos acercan de lleno a la amplia actividad que tuvieron en suelo francés. También se narra la evolución del estado de ánimo los anti-franquistas y, sobre todo, del tratamiento que les dio el Estado Francés. La segunda parte realiza un interesante recorrido de las prácticas militantes de los comunistas españoles en suelo galo desde una perspectiva social. De tal manera que se analizan sus formas de organización, las redes de contacto y sus dinámicas de socialización. Por último, el capítulo finaliza con un pormenorizado repaso sobre el proceso de ilegalización del PCE en Francia y su importante impacto entre las filas comunistas.

El libro *La Frontera Salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco* es un texto altamente recomendable por varios motivos. La temática escogida ofrece un contexto muy novedoso en los estudios sobre el PCE, el de los estudios transfronterizos franco-españoles. Además, la perspectiva de análisis se centra en fuentes no consultadas hasta el momento que permiten entender el funcionamiento de los aparatos del Estado español y francés en sus tareas de control sociopolítico y, sobre todo, el alto grado de colaboración entre ellos. Además, el enfoque social permite rescatar del olvido a los verdaderos protagonistas de tales hostigamientos: la militancia comunista en su conjunto. En suma, este libro ha de convertirse en una referencia obligada para cualquier persona interesada en los estudios sobre los comunistas españoles.

**Núñez de Prado Clavell, Sara, *Historia de Rusia: De la Unión Soviética a la Federación Rusa, Madrid, Síntesis, 2019, 330 pp.***

Por José Luis Rodríguez Jiménez  
(Universidad Rey Juan Carlos)

A la profesora Sara Núñez de Prado Clavell se debe la obra *De la Unión Soviética a la Federación Rusa*. Pensando en los posibles interesados en la materia, iniciamos la reseña atendiendo a los contenidos, estructurados en nueve capítulos, para abarcar: los orígenes, nacimiento y creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); la URSS de Stalin y la formación del Imperio soviético (1924-1953); los últi-

mos zares rojos, con Jruschov y Bréznnev como figuras principales (1953-1985); Gorbachov y los intentos de renovación interna, con esas dos palabras que ya forman parte del léxico político global, *Perestroika* y *Glásnost* (1985-1988); Gorbachov versus Yeltsin, con atención a las repúblicas bálticas, el nuevo Tratado de la Unión, el golpe de Estado de agosto de 1991 y el final de la URSS, y por supuesto a las relaciones entre ambos dirigentes y el final de la presidencia de Gorbachov. También analiza el desmembramiento territorial de la URSS, la aparición de nuevos Estados a partir de las extintas repúblicas soviéticas, con atención a las causas y desarrollo de los conflictos de raíz nacionalista en el seno de la Unión, por lo tanto, al papel de Rusia, las repúblicas bálticas, las repúblicas de Asia Central y los otros dos influyentes y gigantes territoriales, Ucrania y Bielorusia. El capítulo siete lleva por título "Proyecto Rusia" (1991-1999), para tratar el fin de la URSS y la creación de la Confederación de Estados Independientes (CEI), bajo la batuta de Yeltsin, y las cuestiones de política interior y exterior y de seguridad correspondientes, entre estas la crisis de Chechenia. Los dos últimos capítulos, el 8 y 9, estudian la Rusia de Putin. En estas páginas se analizan el personaje político que es Vladímir Putin, las reformas introducidas bajo su mandato como primer ministro y presidente, económicas, administrativas, las directrices de política internacional, la situación de los derechos humanos, las cuestiones de geopolítica interna y externa de Rusia, en concreto "Gas, petróleo y geopolítica", "Crimea y Ucrania" y "El mar Caspio", y, obviamente, los mecanismos y formas para perpetuarse en el poder, para terminar con una reflexión sobre el cuarto mandato de Putin y la posible evolución de la situación en la Federación Rusa.

La obra se completa con una Selección de textos, la mayoría correspondientes a la historia más reciente de Rusia y una Cronología que abarca la Rusia de los zares, la Revolución soviética, la URSS y la Federación Rusa. Es un libro que compagina el análisis académico con el propósito de divulgación, como viene siendo la norma en la colección Temas de Historia Contemporánea de la editorial Síntesis que coordina la Dra. Pilar Toboso Sánchez.

En la actualidad, Rusia es objeto de atención, más que por los historiadores, de los expertos en relaciones internacionales, en seguridad y defensa del denominado mundo *occidental*, y, asimismo, de los investigadores chinos. El libro de

Núñez de Prado atiende a todas estas cuestiones desde la perspectiva de un historiador consciente de la necesidad de establecer los antecedentes de los temas que va a tratar en profundidad. No obstante, consciente de que los estudiantes de las asignaturas de Historia y los aficionados a la historia actual están muy interesados en los acontecimientos recientes en Rusia, y, en general, en el este de Europa, dedica buena parte de estas páginas a desmenuzar las últimas etapas de la historia de la URSS-Rusia-Federación Rusa, marcadas por la personalidad de sus líderes políticos, circunstancia que caracteriza también a Estados Unidos y a otros países, sobre todo a los regímenes autoritarios. Tras la muerte de Bréznnev en 1982, fue Andropov el impulsor de la renovación de la cúpula de mando y del funcionamiento interno de la URSS y, asimismo, de la candidatura de Mijaíl Gorbachov como secretario general del PCUS, cargo al que accedió el político reformista en marzo de 1985, tras la muerte de Chernenko. Gorbachov encontró resistencias a su propósito de reforma económica y política del sistema, conservándolo, y no lo logró, pues este fue incapaz de regenerarse a sí mismo, a diferencia de lo acontecido en China, lo que fue aprovechado por los sectores rupturistas. No obstante, el legado de Gorbachov es enorme. En economía destacan la apertura del monopolio estatal del mercado laboral, la reducción del volumen y el valor de la dirección centralizada de empresas estatales, para dar paso a cierto grado de autogestión, y la ruptura del monopolio del Estado sobre el comercio exterior. Además, el líder soviético buscó la implicación de la sociedad en la *Perestroika*, a diferencia del Despotismo Ilustrado, y con este fin un paquete de medidas favoreció, parcialmente, la libertad individual y de decisión empresarial, lo que se conoce como *Glásnost*, transparencia, con el mensaje de que la sociedad precisaba una nueva mentalidad y, en consecuencia, la discusión y la crítica tenían cabida en el mundo comunista, y que no tendrían consecuencias negativas para quienes las ejercieran. Entre el conjunto de medidas adoptadas para hacer realidad ese mensaje, cabe destacar la Ley de Prensa, que puso fin al control del Partido sobre las publicaciones periódicas y el conjunto de la cultura, la apertura en cine, literatura y música, y lo mismo en el ámbito de la historiografía, con el resultado de la revisión de los textos escolares y la publicación por los historiadores de estudios ahora menos, o nada, sujetos a los dictados de la política y la propaganda gubernamental.

Pero el Partido Comunista perdía poder, control y autoridad, y Gorbachov, aunque reunía dos cargos en su persona, el de secretario general del Partido y el de jefe del Estado, lo mismo. Su posición se vio amenazada por el sector duro del Partido cuando acordó con Estados Unidos, por convencimiento de que era preciso avanzar en la desnuclearización del mundo y porque la situación económica de la URSS no hacía posible nuevas inversiones para modernizar el armamento, una reducción de su arsenal nuclear, que mermó sus capacidades defensivas en mayor medida que las de su adversario (mientras Reagan impulsaba el programa de *guerra de las galaxias*), y cuando el mundo asistía a la caída del muro de Berlín y la URSS perdía a la República Democrática Alemana como socio del Pacto de Varsovia. El malestar general por el deterioro de la situación económica, con fuerte producción de la industria pesada y graves carencias en industria civil y de consumo, convirtió a un líder reformista emergente, Boris Yeltsin, el muy popular secretario general del Partido en Moscú, en protagonista de primera fila. Elegido, tras las elecciones de marzo de 1990, presidente del Soviet Supremo de la República rusa, Yeltsin fue distanciándose de Gorbachov, hasta abandonar con sus seguidores el PCUS, y se convirtió en el actor principal de la desaparición de la URSS. Mientras, varias repúblicas de la URSS reclamaban su derecho a acceder a la soberanía. Un Gorbachov cada vez con menos partidarios quedó en medio de dos posturas, la de la línea dura del partido, en parte neoestalinista, y la de los demócratas que abandonaba Yeltsin.

En febrero de 1991, tras un referéndum, el parlamento de Lituania proclamó su independencia. En marzo, el referéndum convocado por Gorbachov para que los ciudadanos se expresasen sobre la preservación de la URSS como federación renovada de repúblicas soviéticas iguales “en las que se garantizarán plenamente los derechos y libertades del individuo de cualquier nacionalidad”, se saldó con un sí mayoritario, de un 75% de los votantes. A continuación, Gorbachov impulsó un nuevo tratado de las repúblicas, pero los representantes de seis no asistieron (las bálticas, Armenia, Georgia y Moldavia). La oposición a Gorbachov de los halcones del Partido y de los demócratas ganaba terreno. En Rusia se celebraron elecciones a la presidencia y el elegido fue Yeltsin con el 58% de los votos.

El fallido golpe de Estado de agosto de 1991, que pretendía una marcha atrás en el rumbo del país,

terminó con la era Gorbachov. Con este preso de los golpistas, y agotado, físicamente al menos, fue Yeltsin, el presidente ruso, fotografiado subido a un tanque, para proclamar que lucharía por la democracia, y beneficiado por la división de las fuerzas armadas, quien consolidó su posición de líder nacional. El Partido Comunista fue suspendido en Rusia, Gorbachov renunció al cargo de secretario general del PCUS y disolvió en noviembre el Comité Central, y Yeltsin declaró que Rusia asumía la economía de mercado y que las instituciones rusas estaban por encima de las de la URSS. Y el proceso era irreversible. En diciembre, el referéndum ucraniano ofreció un resultado abrumador a favor de la independencia, y antes y después los intentos de Gorbachov de hacer avanzar el Tratado de la Unión, dotando a las repúblicas de mayor poder de decisión y, a continuación, dando paso a una federación con un mayor número de poderes transferidos, fracasaron. El 25 de diciembre de 1991, Gorbachov dimitió como presidente de la URSS. Esta Unión se acababa. Una a una, las repúblicas proclamaron declaraciones de soberanía, primero, y de independencia, después, y varias repúblicas colisionaron con Rusia o con otra república por motivos territoriales y de otra índole.

En diciembre de 1991, Rusia, Ucrania y Bielorrusia alentaron la Comunidad de Estados Independientes (CEI), a la que se sumaron Armenia, Azerbayán, Kazajistán, Uzbekistán, Kirguistán, Moldavia, Tayikistán y Turkmenistán (aunque este país y Ucrania no ratificarán el protocolo de adhesión). Dicho esto, una de las constantes de estos años, y de los que vienen, es la tensión, e incluso el enfrentamiento armado, entre territorios ex URSS; en 1994, tuvo lugar la crisis de Chechenia: Rusia combatió a los independentistas de esta región y conservó la unidad territorial de la república.

Yeltsin se mantuvo como presidente de Rusia, con distintos jefes de gobierno. La Constitución de 1993 estableció que la Federación Rusa-Rusia, cuya capital sigue siendo Moscú, es “un Estado de derecho federativo con una forma republicana de gobierno” y cuya población es “multinacional”, un Estado sin adscripción ideológica ni confesión religiosa y entre cuyos objetivos figuran garantizar “el reconocimiento, observación y defensa de los derechos y libertades del hombre y del ciudadano”, y que consagra el pluralismo y el pluripartidismo. Mientras Rusia aparece como perdedor de la Guerra Fría frente a Estados Unidos, China no para de ganar posiciones en el es-

calafón mundial como potencia económica y militar, y la OTAN se expande hacia el Este, la difícil situación económica, que afecta a clases bajas y media baja, producida por la liberalización de los precios y la desnacionalización de empresas, le pasa factura a Yeltsin; a mediados de la década de 1990, el consumo ha retrocedido, y un tercio de la población vive por debajo del considerado umbral de pobreza, lo que no oculta una evolución positiva para el resto de la población, cuyo nivel de consumo aumenta y disfruta de muchas más oportunidades de ocio que en años anteriores. A finales de la misma, emerge en la política rusa la figura de Vladímir Putin. En 1999, los grupos contrarios a Yeltsin consiguen presentar en el Parlamento cinco cargos contra él, entre estos destruir la URSS y reducir la capacidad defensiva del país, y plantean su destitución. No consiguen entonces su objetivo, pero varias publicaciones le acusan de ser partícipe o responsable principal de varios casos de corrupción; a finales de año, Yeltsin dimite. Su candidato a la presidencia del Estado es quien lleva solo unos meses al frente del gobierno, Putin. Y es el quien se impone en las siguientes elecciones presidenciales, arropado, y parcialmente controlado, por la oligarquía económica, que no está acostumbrada a, y que no desea, una economía de libre mercado; y lo hace con un discurso que compagina democracia y libertades con autoridad y primacía de los intereses del Estado.

Esta oligarquía, estos *señores del dinero*, van a tener un especial protagonismo durante la era Putin, por las exigencias de quienes son, en parte, artífices del éxito político del personaje citado. Pero no perdamos de vista que las agrupaciones económicas convertidas en grupos de influencia son cambiantes, y dominadas por figuras que se suceden, y que la etapa naciente y actual está controlada por quienes detentan el poder político, con una figura principal, consolidada, unido al poder militar y los servicios de inteligencia. El libro de Núñez de Prado dedica dos capítulos a la era Putin. Al giro económico: reforma fiscal, para ampliar la base tributaria, mayor control a la actividad bancaria, aumento del gasto social, liberalización del mercado de las propiedades agrarias, medidas que propician un control de la inflación y un crecimiento sostenido; proyectos de Prioridad Nacional, para la mejora de la sanidad, educación y vivienda; y las relaciones entre las reservas y exportación de gas y petróleo y la geoestrategia del Estado. Y al giro político: incremento del control del Gobierno central so-

bre las entidades federadas, y, a continuación, vaciamiento de poder de las mismas; liquidación de los vestigios políticos de la etapa Yeltsin y ascenso de los muy fieles a quien ahora repite en la presidencia de la Federación; implementación de medidas para fortalecer el papel de Rusia en el contexto internacional, con especial atención a la modernización de sus capacidades militares, y choque con Estados Unidos a causa de la no vuelta atrás de Washington respecto al despliegue del escudo de defensa antimisiles en Europa; fortalecimiento del poder ejecutivo y de la figura presidencial; dado que el presidente no puede presentarse para un tercer mandato, medidas para perpetuar su estela, situando a un afín como presidente, que favorece su designación por la Duma como primer ministro, a la espera de regresar a la presidencia..., hasta llegar al cuarto mandato, con un afán de perpetuación; y recortes de las libertades ciudadanas, para frenar las protestas por el probable fraude electoral en las elecciones legislativas y presidenciales. La autora no se olvida de la situación de los derechos humanos en Rusia, de cuál es su realidad y cuál su desarrollo legislativo, y de la referida a la libertad de prensa.

La figura de Putin llena dos décadas de vida política de los rusos, y no solo política, y no solo de los rusos. Por este motivo, la personalidad y objetivos en política interior y exterior de este personaje son objeto de atención en los medios de comunicación y publicaciones especializadas, sobre todo de las occidentales dedicadas a Relaciones Internacionales y Defensa. Se señala que, en la historia de la Rusia contemporánea, encontramos procesos de modernización de la estructura económica y administrativa desde formas de Estado autoritario, las de Pedro I, Stalin, Gorbachov, Yeltsin y Putin, de forma equiparable a China, aunque sean caminos distintos. Núñez de Prado incide en que la Rusia zarista, la Rusia cabeza dirigente de la URSS y la Federación Rusa son denominaciones de una misma nación, y que, habiendo experimentado variaciones geográficas y políticas, “nunca ha perdido su esencia”. De hecho, la URSS de Stalin, victoriosa en 1945, supuso una fase más, ampliando el territorio europeo y con un formato político y económico distinto, del proyecto imperial ruso. En esta línea, la autora titula uno de los epígrafes “La doctrina de la soberanía limitada”, referido a la era Brézhnev, cuando la URSS refuerza su presencia como potencia internacional, como estado líder del mundo comunista y practica la dis-

tensión, continuadora de la coexistencia pacífica de la etapa Jruschov. Ciertamente, el mundo ha cambiado mucho desde entonces, si por mucho entendemos lo que significa China en la actualidad y la ampliación de la Unión Europea y de la OTAN mediante la incorporación de naciones del este de Europa. Y ya no se aplica en Moscú el derecho de intervención en defensa del socialismo como bien común superior...Sin embargo, Rusia, y no solo ella, también Estados Unidos, sigue aplicando la doctrina de soberanía limitada a algunos de sus vecinos. Por este motivo, la autora señala en el prólogo de la obra que la Rusia dirigida por Putin está “empeñada en recuperar el esplendor perdido y en encontrar su razón de ser basándose en el afianzamiento de sus propios valores y en un nacionalismo patriótico y eufórico encauzado hacia la grandeza interior y el aseguramiento exterior como potencia global de primer nivel”. ¿Es una crítica?, ¿no es, simplemente, lógico que sea así? Son formas de ver las cosas. En general, los analistas occidentales critican con dureza la actuación rusa en la reciente crisis de Crimea. Pero, algunos, olvidan que, nada más acceder al poder, Jruschov, nacido cerca de la frontera actual ruso-ucraniana, hizo que Rusia cediera Crimea a la República Socialista Soviética de Ucrania. Desde Rusia se preguntan: ¿Por qué tanto escándalo en Occidente cuando el gobierno de Putin ha reclamado el territorio y, tras las negativas de Ucrania, ha recuperado Crimea por la fuerza?

**Pérez Herrera, Gema, José Pedro Pérez-Llorca. *Una biografía política*, Madrid, Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2020 (Col. Derecho Público), 408 pp.**

Por Julio Pérez Serrano  
(Universidad de Cádiz)

El periodo de la Transición española a la democracia es, sin duda, uno de los más tratados por la historiografía. Su poderoso impacto sobre la memoria de las generaciones vivas hace que el interés no decaiga, al tiempo que los acontecimientos insisten en recordarnos la vigencia aún hoy de algunos de los debates y preocupaciones que marcaron aquel tiempo. Si echamos un vistazo a la producción historiográfica veremos cómo inicialmente predominaron los relatos que hacían hincapié en el rol protagónico de figuras singulares, como el rey Juan Carlos, Torcuato Fernández Miranda o Adolfo Suárez, vistas como muñidores o artífices del cambio político. Poco a

poco los actores colectivos fueron entrando en escena, de la mano de nuevos relatos que ponían el acento en los procesos sociales. Partidos, sindicatos y movimientos fueron en esta segunda fase objetos de una investigación más apegada a la realidad que logró poner en evidencia la complejidad y las incertidumbres de un cambio político, social y cultural que distaba mucho de ser obra solo de audaces “pilotos” o “arquitectos” que operaban secretamente en la cúspide del Estado.

La obra de Gema Pérez Herrera se inscribe en los albores de una tercera etapa, en la que la historia vuelve la mirada a los individuos, pero no ya producto de una inmediatez sesgada por pretensiones hagiográficas o pedagógicas, sino todo lo contrario, para centrar la mirada, ya con la suficiente distancia, sobre esa nutrida “segunda línea” de personajes que contribuyeron de forma concreta a poner en pie el sistema democrático. No es la primera ni será la última vez que se incorpore una biografía política al (por desgracia, inexistente) panteón de hombres y mujeres ilustres de nuestra democracia. Pero sí es un hito, tanto por la relevancia del personaje como por la calidad de la obra, en la que la autora ha sabido combinar una meritoria indagación biográfica con un análisis fino de las cualidades políticas que José Pedro Pérez-Llorca acreditó como hombre de Estado.

El gaditano que es objeto de este libro, fue producto de una época transcendental en la historia de España, pero también de una familia y de una ciudad, con sólidas raíces liberales y antecedentes masónicos. Sus ancestros y también su hermano mayor, Jaime, que fue senador socialista (y recordado amigo), representan fielmente los valores y las prácticas de una clase profesional ilustrada que, alejada del ideal revolucionario, tampoco se sintió nunca cómoda con la dictadura. Esta filiación reformadora, racionalista y pragmática, es especialmente acusada en la trayectoria de José Pedro, que orientó su carrera hacia el mundo tasado del derecho, mientras que Jaime, más apasionado y comprometido, continuó la tradición médica familiar. Ambos compartieron, sin embargo, el interés por los asuntos internacionales, en el caso de José Pedro a través de la carrera diplomática y por su desempeño como Ministro de Asuntos Exteriores, que lo llevó a materializar el ingreso de España en la OTAN, un ámbito que también Jaime transitaría poco después como miembro destacado de la delegación española en la Asamblea del Atlántico Norte.